

Un seducido más del Señor, Dios Bueno

Julio Calvo

Consiliario del Movimiento Rural Cristiano

*Tú me sedujiste, oh Dios,
y me dejé seducir.
Tú eras el más fuerte
Y fui vencido.
Jer. 20, 7. ¡Gracias!*

Nací en Egea de los Caballeros (Zaragoza). Mi madre me decía siempre que nació a media tarde, cuando daban el tercer toque para el rezo del Rosario en la Parroquia y que era un día muy caluroso. Allí consta también que me bautizaron cinco días después de mi nacimiento con el nombre de Julio y los apellidos de mis padres, Calvo Francés. Mi padre Miguel y mi madre Ana; y Miguel, también, el cura que me bautizó. Mis primeros trabajos fueron ayudar a mi madre en casa e ir a la escuela de las monjas mercedarias hasta que, por edad, pasé a la escuela pública. Nunca fui monaguillo; pero la comunión semanal era algo imprescindible en mi vida de niño y de adolescente; el Aspirantado de Acción Católica me ayudó a vivir la fe religiosa, aunque no tanto como el asombroso testimonio cristiano de mis padres. El trato con Dios me lo enseñó mi madre; de mi padre aprendí el trabajo y una afición nada normal por los problemas sociales en la vida de un pueblo agrícola y con clases sumamente acentuadas; mi madre me llevaba a comulgar; mi padre a escuchar los sermones y alguna conferencia social como reafirmación de los católicos; pero ambos se ponían de acuerdo a la hora de hablar de política siempre en la intimidad, secretamente, y de izquierdas...

Cura ni pensarlo

Tenía catorce años y todavía mi futuro no estaba claro. Me apasioné con la música y el saxo; prefería la ganadería a la agricultura; oí la llamada del

mundo de los toros y de algunas cosas más... En una mañana de invierno, muy fría, al llegar al patio escolar mis amigos me dicen que ha muerto la esposa de don Emiliano, el maestro, y que no hay escuela... cansados de jugar, nos sentamos en corro a hablar y un chaval comenzó a criticar supuestas inmoralidades clericales... y de repente, inexplicablemente, como alucinado, recuerdo perfectamente los mil detalles, di un pisotón fuerte y sonoro en el suelo y les dije «ahora voy yo a ser cura» y se quedaron como muertos... me fui, se lo conté a mi madre... y en dos años aprobé cuatro cursos de humanidades en el Seminario...

Mis educadores, operarios diocesanos e hijos de Mosén Sol, me forjaron en aquella piedad fuerte y cristocéntrica, ignaciana, con gran amor a la Virgen y a la Iglesia, trabajo mucho y fuerte, disciplina férrea... ¡gracias por el talante de sacerdocio espiritual y apostólico que sembraron en mí! Mis profesores eran más humanos que sabios y más apostólicos que maestros; muchos de ellos tenían también un gran sentido social, como mis padres. Entre todos hicieron cuanto supieron, pudieron y les dejaron por forjar un sacerdote para aquella Iglesia y para aquel mundo de cristiandad y de dictadura absolutamente ensambladas. A todos los amo sinceramente y les recuerdo permanentemente. Se merecen esto y mucho más.

Mis primeros pasos pastorales

Sin estrenar todavía mi sacerdocio, prediqué en la Primera Misa de un condiscípulo apadrinado por el entonces señor obispo de León. Cuando bajé de aquel púlpito, el prelado me abrazó y me dijo: «Tú conmigo de canónigo magistral a León». Y le conté: «Sí; pero a ver qué dicen mis padres». Y, aquel mismo día, por la noche, en consejo de familia, dijo mi padre: «Ana, tu hijo quiere ser canóni-

go». Y mirándonos a todos, siguió: «¿Qué decís vosotros?» Todos se callaron como muertos. Mi padre me enseñó sus manos encallecidas y deformadas en el duro trabajo de un agricultor pobre y me dijo: «Mira, hijo, las manos de tu padre. Yo siempre pensé que tú serías como nosotros y trabajarías con gentes como nosotros. Piensa esto y haz lo que debas hacer»... Es una deuda más de las muchas que no he podido pagar todavía.

Después de una cortísima experiencia, me enviaron como cura y a convalecer de una grave enfermedad a un pueblecito de mil trescientos habitantes; fui para un mes y las circunstancias hicieron que viviese allí veinticinco felicísimos años llenos de maravillas de Dios y de las gentes. ¡Gracias Tabuensa!

Un día, desanimado, fui a confesarme con mi Obispo, el P. José Méndez, hoy arzobispo emérito de Granada, y, también, me cambió de rumbo, me ayudó a descubrir una pastoral más encarnada y más misionera en el Mundo Rural; me envió a visitar a don Antonio Dorado, quien amable y pedagógicamente me introdujo en el Movimiento Rural Cristiano. Allí y así me regaló Dios el Movimiento Rural Cristiano, fermento en nuestros pueblos y camino por donde, desde la Iglesia, intentaré construir, en adelante, el Reino de Dios.

«Formación por la acción», había sido el pensamiento más repetido de don Antonio. Y por eso nacen y crecen un buen número de obras no sé si con más formación o con más acción de nuevos militantes; cristianos, casi todos. Al fin, la fe y la vida completamente ensambladas y reforzándose en un proceso del Pueblo y de la Comunidad Cristiana.

Tabuensa era y es un pueblo hermoso hasta por ser pequeño. Está en una vereda, a 728 metros de altitud, entre graciosas montañas y en las estribaciones del mismo Moncayo; olivares, viñedos y fuentes cantarinas y



Julio Calvo.

frescas. Por aquel entonces una mujer rural, trabajando en verano y de sol a sol, arrancando legumbres, ganaba sesenta pesetas al día. El cereal, mucho, se arrancaba y otro tanto se segaba a hoz; poquísimos hombres estaban preparados para manejar la guadaña o dalla. Y la trilla casi peor. Todo era dar vueltas y más vueltas sobre la mies con un mal trillo tirado por arres lentos y cansinos, a pleno sol. Una de aquellas tardes apareció repentinamente un tormentón. Desde el atrio del templo parroquial vi cómo, entre truenos y relámpagos, todo el pueblo, incluidos ancianos y niños, se pusieron a replegar y amontonar las mieses a medio trillar en las heras. Desde lejos, *resguardado por el templo*, vi que había llegado el momento de la primera acción por el Pueblo y con el Pueblo.

Reuniones y más reuniones con el Pueblo... Los pobres del Pueblo se solidarizan y compran la primera trilladora mecánica... Algunos cristianos y de los económicamente más pudientes no sólo se hacen solidarios sino que ponen sus dineros al servicio del bien común... Reaccionan la envidia y el poderío de los caciques... primeros líos...

Hay que terminar con la usura desmedida y logramos la instalación de una sucursal de Caja de Ahorros en el Pueblo. Los pobres, cuando apurados buscan dinero, ya no necesitan hipotecar sus casas y sus campos y pagar intereses hasta de un 50%. Cuando no puedan pagar ya podrán negociar con la entidad bancaria y no habrán de sucumbir ante la usura perdiendo sus mejores fincas. Pero la reacción de los verdaderamente usureros, poderosos y siempre enfadados, es terrible... Amenazas y denuncias... «Este cura se mete en política» dicen unos; «es comunista», contestan otros; y los de mejor voluntad también andaban divididos: los más razonables decían «es muy joven, es un chiquillo» y contestaban los que ninguna razón tenían

«es demasiado cura para un pueblo como el nuestro». (Ja, ja, ja).

Con la metodología activa, el análisis de cada realidad, la revisión constante, la celebración de todos nuestros pasos, aparece el núcleo de los primeros y las primeras militantes. El Pueblo necesitaba su espacio cultural y de ocio, y se hizo; hasta con su sala cinematográfica. «Vendría muy bien una Emisora Parroquial». La alumbraron y la sostuvieron hasta que las denuncias y una cacicada más de aquel Gobierno Civil, para alegrón de aquella oposición, la clausuró y la requisó. ¡Hasta hoy no la han devuelto!

El Pueblo necesitaba abandonar el tiro de unas ruines caballerías y pasar al tractor. ¡También lo animó la Comunidad Cristiana! Se compraron en común las primeras máquinas autopropulsadas y ¡se ensayó el cultivo de la tierra en común! Nacieron las cooperativas del vino, la del pan y la del aceite. ¡A la formación por la acción! Y la Iglesia en su papel educativo, de suplencias y evangelizador, dándolo todo desde la gratuidad.

Estudio de la realidad, Eucaristía con fuerte vida de oración, y reuniones eran los alimentos que nos convertían a no pocos y a no pocas en fermento de un Pueblo donde se iba dando, humildemente así lo creo, la verdadera evangelización, en aras del estudio y la respuesta sobre las realidades temporales, la vida de fe cristiana, la transformación de las personas, de la misma Comunidad Cristiana, del Pueblo y de todos los aspectos de la vida personal y social.

Como punto de apoyo a las mujeres jóvenes del Pueblo salió una Cooperativa con una treintena de puestos de trabajo, también como auténtica Escuela de Formación femenina. Y ya muy al final, y muy desde dentro del Movimiento Rural Cristiano, nació el Colegio Familiar Rural para toda la Comarca del Campo de Borja y un amplio contorno aragonés y navarro. Colegio autogestionado por los mis-

mos padres, sus propios hijos y los educadores. Da gozo pensar que los dos asignaturas fundamentales de aquel Plan de Estudios eran la Política y la Religión. Y da pena pensar que un colegio democrático cien por cien, forjador de personas para el Mundo Rural y alentador de sindicatos agrarios y auténtico cooperativismo, se lo cargó la apisonadora de unos políticos de izquierda, celosos del protagonismo del Pueblo, miopes y ruines ante el crecimiento de aquella movida creadora de personas y de cultura nuevas. Por aquel Colegio Rural pasaron todas las figuras cultas y políticas más nobles, sabias y democráticas de Aragón. Era una escuela liberadora con auras de transformación popular y comarcal. Inolvidable para todos la figura del sacerdote que construyó de planta nueva y gratuitamente nos cedió el edificio: don Agustín Callejas, Párroco entonces de Magallón.

Y en este trance, nace el sindicato agrario Unión de Agricultores y Ganaderos en Aragón. Recuerdo cómo nos reuníamos los agricultores y los educadores del Colegio Familiar Rural en las bodegas de los pueblos a estudiar y corregir los estatutos de nuestro sindicato agrario y antifranquista. Estalla la primera «guerra del maíz». Mi intervención personal e implicación organizativa fue la gota que colmó el vaso franquista, me detuvo, por vez primera, la Guardia Civil. Siempre contra corriente dentro y fuera de la Iglesia. En un juicio eclesiástico que se me hizo, el dictamen de aquel obispo fue así: Se pone de pie, baja al banquillo y abrazándome con entrañable fuerza me dijo: «Hijo mío, no tienes más que un pecado: naciste cien años antes de la cuenta; pero piensa que tu obispo fue enviado a evangelizar aquí y ni siquiera consigo desasnar». Muy fuerte; pero me lo dijo en «aquellas circunstancias». Yo me creí siempre en un lugar de privilegio: marginado, al otro lado de la muralla y fuera del alcance de la «tarta»... me creí siempre



en el lugar de privilegio que me correspondía: marginación y persecución y, a la vez, inmerecidamente muy querido por Dios, mi obispo y gentes con las que, juntos, estábamos haciendo un camino apasionante para todos; a unos nos suponía la alegría de estar intentando vivir el Evangelio de Jesús de Nazaret y para otros aquello era un poner patas arriba lo que siempre había estado dentro del orden establecido... Cristo, su Evangelio y «nuestro» Pueblo fueron siempre mis grandes pasiones: mi Cristo no era ni cadáver ni momia... era nuestra liberación, la de todos y «el discípulo no podía ser ni más ni menos que el Maestro». Fui feliz, muy feliz.

Durante bastantes años de éstos y gracias a la Compañía de Jesús, dirigía mensualmente una tanda de Ejercicios Espirituales en la Casa de Cristo Rey de Tudela (Navarra). Siempre me llevaban de la mano los padres Martínez Bres y Faustino Olcoz. Posteriormente trabajé en un equipo de sacerdotes diocesanos animadores y directores de incontables tandas también de ejercicios espirituales, en una Casa de Espiritualidad improvisada en Pinseque (Zaragoza). Para mí y para muchos hermanos y hermanas todo fue «don de Dios», salvación y liberación. En el valle de nuestra ribera del Ebro

todavía hay parroquias que viven de aquellas rentas de militancia laical. Yo vivo aún de aquel Concilio Vaticano II que me confirmó en esta manera ser y de trabajar así. Recuerdo que en la segunda Visita Pastoral de las tres que a lo largo de mi vida he disfrutado, don Vitorio Oliver, Obispo donde los haya, al irse, después de toda una semana de permanencia en el Pueblo, me preguntaba: «¿Cómo lograr más militantes como éstos?». Él lo sabía infinitamente mejor que yo; pero los santos son así.

Cambio de Parroquia a la vista

Lo decidí yo. Don Elías Yanes no me puso otra condición que ir a verle. Quedamos una tarde, a las 20 horas. Jamás he sido recibido con tanta puntualidad ni con tanta humanidad, tan elegante y con acogida tan entrañable. Solamente dos detalles: la entrevista duró dos horas justas y los siete primeros cuartos de hora no habló más que él... yo sentía la sensación de que, impensablemente, me había convertido en el confidente de un maravilloso hijo de Dios, servidor enamorado de la Iglesia y Obispo de Zaragoza. ¡Imborrable y bendita experiencia!

Me envió don Elías a dos pueblecitos de los que a mí me han gustado

siempre por estar junto al río y por ser pequeños. Alcalá de Ebro y Cabañas de Ebro. Como arcipreste de Alagón tuve la suerte preciosa de estar en dos cursillos con el tema «El Arciprestazgo como Unidad Pastoral». Y, en el mismo Alagón, disfruté de dos hermanos sacerdotes, auténticas joyas de humanidad, de amistad y de espiritualidad cristiana, Valentín Varón, párroco, y Francisco García, religioso claretiano; tan sólo la muerte de ambos me separará de su presencia física, pero no de su amistad y ayuda. Con ambos trabajé hasta su muerte en una fraternidad realmente evangélica por su parte. Francisco muere de accidente en carretera cuando va a una reunión de militantes del Movimiento Rural Cristiano; con él participé en este apostolado que Dios bendijo con nuevas vocaciones para la Iglesia y para el Mundo Rural en Alagón, Alcalá, Bárboles, Cabañas y Plasencia de Jalón.

A los cuatro años, Valentín y Julio somos trasladados a otro Arciprestazgo; nadie nos tuvo que decir que aquello de la Unidad Pastoral necesitaba hacerse realidad; él en Tauste y yo en Gallur, ambos comenzamos a sacar cimientos y líneas fundamentales; los laicos y las laicas, poco a poco, van acogiendo el nuevo talante y las nuevas realidades pastorales. Nacen más militantes comprometidos y comprometidas con la Iglesia y con la Comarca; el Movimiento Rural es la herramienta más útil a la hora de aplicar aquellas bellas teorías de los cursillos de arciprestes. No había parroquias en propiedad; había tareas de evangelización a compartir corresponsablemente y en comunión con los seglares del arciprestazgo... Así hasta que Valentín nos dejó a unos sorprendidos y agradecidos a Dios... a otros tranquilos e instalados en lo de siempre.

A pesar de ser yo el arcipreste de Gallur, lo del Arciprestazgo como Unidad Pastoral se vino abajo. No fuimos capaces de sostenerlo. Evito contarle entre otras razones porque me-

rece un capítulo apasionante y aparte. Los cristianos de Gallur seguimos adelante durante un total de doce años. Vimos con claridad meridiana que nuestra parroquia no se podía llamar «comunidad cristiana»; faltaban la corresponsabilidad, el sentido de comunión, la síntesis entre la Fe y la Vida con el compromiso temporal de los seglares y no sé cuántas cosas más para que lo nuestro fuera una verdadera Pastoral Rural Misionera. Doce años son muchos años y mucho DON DE DIOS. A nivel general las condiciones para sentirse comunidad cristiana eran muy sencillas; tres horas de vida semanalmente con y para la Comunidad: una hora de formación con su correspondiente reunión de grupo, una hora para la Eucaristía dominical y otra hora de trabajo o compromiso por el Pueblo. Así fue recreándose la Comunidad Cristiana y de ella fueron saliendo grupos de animación pastoral, nuevo talante de ser cristiano en el Pueblo, militantes comprometidos en la vida pública y... también dificultades, las de siempre, unas dentro de la Iglesia y otras fuera de la Iglesia. Naturalmente que las venidas desde fuera siempre son más esperadas y vistas como más explicables y más constructivas. Tanto que el atentado a mi vida, venido desde fuera de la Iglesia, claro está, no me dolió nunca tanto como otras vejaciones intraeclesiales. Todo esto sería un capítulo aparte; ahí se queda para no sé cuándo. Es imposible encerrar la vida en una copita pequeña. Lo que siempre y realmente necesito agradecer a Dios es que, después de tres años de mi ausencia de Gallur, casi todos los militantes siguen comprometidos dentro y fuera de la Iglesia; es mi mayor alegría. Claro que siempre nuestro crecimiento y nuestra perseverancia vinieron asegurados por nuestra Vida de Oración, el proceso de nuestra Formación y la fidelidad al Compromiso cristiano, y todo unificado y plenicado por la Revisión de Vida, alma del Movimiento

Rural Cristiano. Yo me fui de los pueblos; pero siempre los militantes siguen; el mismo Movimiento Rural Cristiano les viene garantizando el necesario acompañamiento en su vivir la fe y el compromiso cristiano como laicos.

Del Pueblo a los Pueblos

Acepté ser Consiliario General del Movimiento Rural Cristiano. Me costó muchísimo dejar la Parroquia y caer «en el vacío», sin Pueblo, «a verlas venir» saliendo cada mañana a ver quién te da trabajo. ¡Con el que hay! Pero yo no opté; porque solamente los ricos pueden optar; me llamaron y acepté. No me pena. Es una manera de pagar algo de lo mucho que he recibido.

El Movimiento Rural Cristiano me aportó un sentido crítico y una lectura creyente que nadie me había dado; en él aprendí la revisión de vida; nadie como él me enseñó a amar y servir al Mundo Rural; me ayudó a descubrir un talante evangelizador y las verdaderas claves de la Pastoral Rural Misionera; en compañía de esta gente descubrí y aprendí a acoger a Jesucristo desde la Iglesia de los pobres, en el Mundo Rural y de una manera comprometida, una Teología de Encarnación y Liberadora, con la Organización me dotó del mejor de los cinturones de seguridad; me acompañó siempre, siempre, siempre. Y desde el Movimiento Rural Cristiano, sólo desde él, me ha sido posible servir al Mundo Rural tal y como he tratado de hacerlo. *¡No lo bien que debí hacerlo!* En el M.R.C. he conocido cientos y cientos de personas que siempre me han ayudado, querido y enseñado con aquella máxima tan preciosa: «Aquí todos maestros y todos discípulos». Mi formación integral ha sido mimada por las veintiséis Semanas de Estudios, Cursillos de Pastoral Rural Misionera, Encuentros de Consiliarios. Su revista, *Militante*, ha sido una

herramienta pedagógica formidable. Y en las asambleas generales he descubierto siempre que la Iglesia sin un laicado fuerte, crítico, organizado, integralmente bien formado, cultivado mediante una honda espiritualidad laical evangélica... y comprometido desde el Evangelio en nuestro Mundo Rural... la Iglesia rural, en este sentido, no va a ninguna parte.

Por esto acepté ser Consiliario General del Movimiento Rural Cristiano. Y por otra razón más: El Mundo Rural me apasiona y no tengo otro mensaje mejor para él. Y esto es lo que en estos años estoy haciendo. Recorrer esta «piel de toro», esta España rural tan sufrida y tan divertida, tan alborotada y tan callada, tan empobrecida y tan rica, todo y más a la vez... con el Evangelio y la *Evangelii Nuntiandi*, con el Concilio Vaticano II (porque no hay 3.^o) y las claves del Movimiento Rural Cristiano en la mano, llamando a la puerta de cada Obispo y de cada Vicario Pastoral, ofreciéndoles una Pastoral Rural Misionera... es una experiencia no para contarla sino para vivirla por lo rica, aleccionadora y educativa, humana y cristiana... todo a la vez. No me canso, no pido nada para mí... «no mandar nada, no imponer nada, no exigir nada y... ¡darlo todo a cambio de nada!». Visitar a militantes curtidos, acompañar a los que se inician, convivir con grupos de sacerdotes abiertos e inquietos, responder a los encargos de las Comisiones, «apagar fuegos» y rezar con todos, amarnos todos, perdonarnos y amarnos todos... es mi camino y «a quien Dios tiene nada le falta».

Ya veis. Todo son gozos de resurrección. ¿Y penas? ¡Muchas! ¿Una? Que cuando se traslada un sacerdote de parroquia, el siguiente comienza a trabajar como si el anterior no hubiera hecho nada y él fuera el primero en llegar. Junto a esta pena dejo mi mayor certeza: «Jesús de Nazaret es mi Pastor y nada me puede faltar».